

Sin embargo, tal postura no romperá la amistad entre ambos puesto que al llegar a la Presidencia Sarmiento nombra a Frías Ministro Plenipotenciario en Chile. En este tercer periodo Frías escribe sobre la situación de los caudillos argentinos refugiados en los países vecinos, los problemas fronterizos con los indígenas y el tema clave de la disputa entre Chile y Argentina en torno al derecho a la Patagonia y el estrecho de Magallanes (tema ampliamente analizado en el segundo apéndice).

En la cuarta y última época Sarmiento alaba la gestión de Frías, hace un balance de su presidencia y menciona sus planes futuros de trabajar en la pedagogía. Como es de suponer, el desacuerdo marca el final de sus relaciones epistolares: en un momento de convulsiones políticas y revueltas populares, Frías se remite al catolicismo y a la conciliación como únicas soluciones que Sarmiento rechaza tajantemente.

Mas allá de su valor documental histórico, el epistolario no deja de tener un enorme interés desde el punto de vista literario, autobiográfico y humano. Ni Sarmiento ni Frías se esfuerzan en esconder sus diferencias: «Su manera de ver las cosas de Europa es diametralmente opuesta a la mía», escribe Sarmiento en una carta del 23 de noviembre de 1850. Pero, sobre todo, se destaca la ironía polémica de la pluma de Don Domingo (o «Don Yo» como lo llamaban sus enemigos), de ahí que al mencionar su obra más famosa afirme: «Si escribo la (...) de Quiroga desmoralizo a este canalla» (p. 78).

Quizás el gran acierto de este *Epistolario inédito. Sarmiento-Frías* sea el de ofrecernos un texto cuidadosamente estructurado y ampliamente documentado sin perder el ritmo narrativo y ampliamente documentado sin perder el ritmo narrativo epistolar ni el calor humano que transmite la correspondencia entre estos dos grandes amigos.

PAUL QUINN

Universidad de Alcalá de Henares

Mar Vilar. *La Prensa en los orígenes del español en los Estados Unidos (1823-1833)*, Universidad de Murcia, 1996.

En la historia del desarrollo de la lengua castellana en Estados Unidos hay dos fases. La más reciente se fija al final de la Segunda Guerra Mundial, y la otra, que se convierte en precedente, se remonta al periodo de 1776-1848, cuando surge Norteamérica como nación. En este primer momento de despegue nacional centra la profesora Vilar su investigación. Se ciñe cronológicamente a la «ominosa década», cuando las represalias de Fernando VII obligaron a emigrar a un buen número de liberales.

Aquella emigración que buscó refugio en la democracia norteamericana es poco conocida, pero en absoluto carece de interés. Mar Vilar se ha acercado a

ella a través de los periódicos y desde la perspectiva didáctico-lingüística y descubre la contribución al desarrollo del castellano que realizaron esos emigrados políticos, que no fueron sólo peninsulares, sino también hispanófonos de otros países o colonias hispanoamericanas que huían de las agitaciones de sus lugares de origen. En su mayoría eran de ideología liberal y predominaban los periodistas, abogados, clérigos, profesores y hombres de letras. Recurrieron a la enseñanza, a la traducción y a la prensa como medio de subsistencia.

Los puntos de asentamiento fueron principalmente Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleans. Estas tres ciudades van a ser la cuna del hispanismo norteamericano. En ellas nacerá una serie de periódicos castellanos que contribuyen a expandir el idioma y la cultura, a difundir la ideas de vida y costumbres norteamericanas en aquellos países hispanos adonde llegaban (Cuba, Puerto Rico y México principalmente) y a combatir o apoyar la política fernandina.

Precisamente para defender entre los emigrados el absolutismo del Rey surgió en Nueva York *El Redactor*. Recogía noticias de distintos países hispanoamericanos y las manipulaba para adecuarlas al fin combativo de su ideología, valedora de la españolidad de Cuba y Puerto Rico. Pero también se incluían contenidos culturales o literarios y lingüísticos. Aquí colaboraban el lingüista catalán Mariano Cubí y Soler y José Antonio Pizarro. Éste llegó a catedrático en Yale y creó una plataforma difusora del hispanismo, continuada después por el ilustre William Ireland Knapp.

También contribuyó a la difusión del español *El Mercurio de Nueva York*. Dispensaba buena acogida a los temas hispanos, principalmente a los de México, Colombia, Venezuela y Perú. Vilar nos dice que eran frecuentes los editoriales y artículos sobre la evolución de los acontecimientos de esos países y la actitud de los Estados Unidos y otras naciones europeas ante ellos. No faltaban subsecciones dedicadas a la literatura española.

En un capítulo aparte se analizan otros tres periódicos. *El Habanero. Papel Político, Científico y Literario* fue fundado en Filadelfia por Félix Varela, educador y sacerdote nacido en La Habana, y considerado con José Martí «el inspirador y padre de la patria cubana». Antes de llegar a Estados Unidos pasó por España al haber sido elegido diputado en Cortes. Cuando se desplomó el régimen liberal emigró a Nueva York y defendió las tesis independentistas en su periódico. Luego se refugiaría en la docencia.

Uno de sus discípulos de igual nacionalidad fue José Antonio Saco, traductor, publicista y adaptador de textos académicos. Tentado como Varela por el periodismo, comenzó a publicar en Nueva York-Filadelfia *El Mensajero Semanal*, revista de cubanos para Cuba. Como su intención era penetrar en la Isla, se omitían con deliberación contenidos ideológicos. Contó entre sus firmas con la del poeta José María de Heredia y la del educador Domingo del Monte.

En Nueva Orleans surgió *La Abeja*. Existía aquí una comunidad criolla de españoles expulsados de México, como el general Gómez Pedraza, el hombre de letras Juan Alamán y otros hispanófonos variopintos que hallaban en este periódico su órgano de expresión. Seguía la tendencia liberal de *El Habanero*

y defendía la independencia colonial al tiempo que denunciaba las pretensiones españolas de restablecer el dominio americano. Por ese compromiso surgió *El Español*, de Antonio Argote y Tiburcio Campe, tendente a neutralizar el antiespañolismo de *La Abeja*.

Todos estos periódicos estudiados por Vilar abrieron el camino a otras publicaciones posteriores y de más larga vida. Sirvieron en su momento de instrumentos auxiliares para la propagación de la lengua y la cultura hispanas en los Estados Unidos. Pero reflejan además un estado particular de la mentalidad y la política de españoles e hispanoamericanos en el extranjero. El acercamiento de Vilar a este sector desconocido de la cultura y la historia hispánicas se convierte en una referencia ineludible para todos aquellos hispanistas que se sientan tentados a proseguir la brecha abierta ahora. Por ella se cuele una luz que puede orientar en diversos sentidos (historiográficos, periodísticos, sociológicos, lingüísticos o de historia de las mentalidades). El trabajo está ordenado y escrito con gran claridad, y apoyado en un abundante caudal de fuentes, muchas inéditas. Se complementa con una serie de láminas ilustrativas y unos índices onomástico y toponímico que facilitan la consulta de los datos aportados.

P. RÍOS SÁNCHEZ

Universidad de Nueva York en Madrid

José Asunción Silva. *Poesías*, Edición, introducción y notas de Rocío Oviedo y Pérez de Tudela, Madrid, Castalia, 1997.

El «boom» retrospectivo de las letras de América, fue una de las consecuencias más positivas del «boom» oficial de los años 60. Ha permitido hasta la recuperación, para el lector medio español, de los cronistas de Indias, a través de ediciones accesibles, sin mengua de su rigor que las hace también indispensables para el especialista. A partir de ahí se van cubriendo, por ese estimulante procedimiento, muchos de los inmensos huecos que existían, con beneficio también, por supuesto, para el mercado intelectual hispanoamericano.

A medida que esto sucede, crece también la sorpresa de ese lector medio que va descubriendo obras literarias que nunca debieron estar apartadas de los circuitos editoriales. Pero la extrañeza es mayor cuando se advierte que tal situación todavía afecta en buena parte a ciclos tan decisivos como el modernista. Cierto que en las últimas décadas se ha avanzado notablemente en este último terreno, y se ha podido actualizar la imagen, sin abandonar los sólidos presupuestos marcados por los criterios clásicos –Salinas, Marasso, Jiménez, Gullón, Faurie, Mapes, Fogelquist, etc.– del movimiento y de muchos de sus integrantes. Entre éstos se encuentra José Asunción Silva, bien atendido en su Colombia natal y países aledaños, sobre todo a partir de los 50, cuya obra completa ya recibió un buen impulso en el plano internacional en 1990, en lo